EL UNIVERSO TIM BURTON

Viaje ilustrado a la maravillosa fábrica de seres peculiares



IRENE MALA



EL UNIVERSO TIM BURTON

A los raros. I. M.

EL UNIVERSO TIM BURTON

Viaje ilustrado a la maravillosa fábrica de seres peculiares

IRENE MALA

LUNWERG
EDITORES

El señor Burton tiene muchos admiradores, personas de todo el mundo que esperan con ansia sus nuevas películas y, por qué no decirlo, que se sienten tremendamente identificadas con las historias y los personajes que presenta el director.

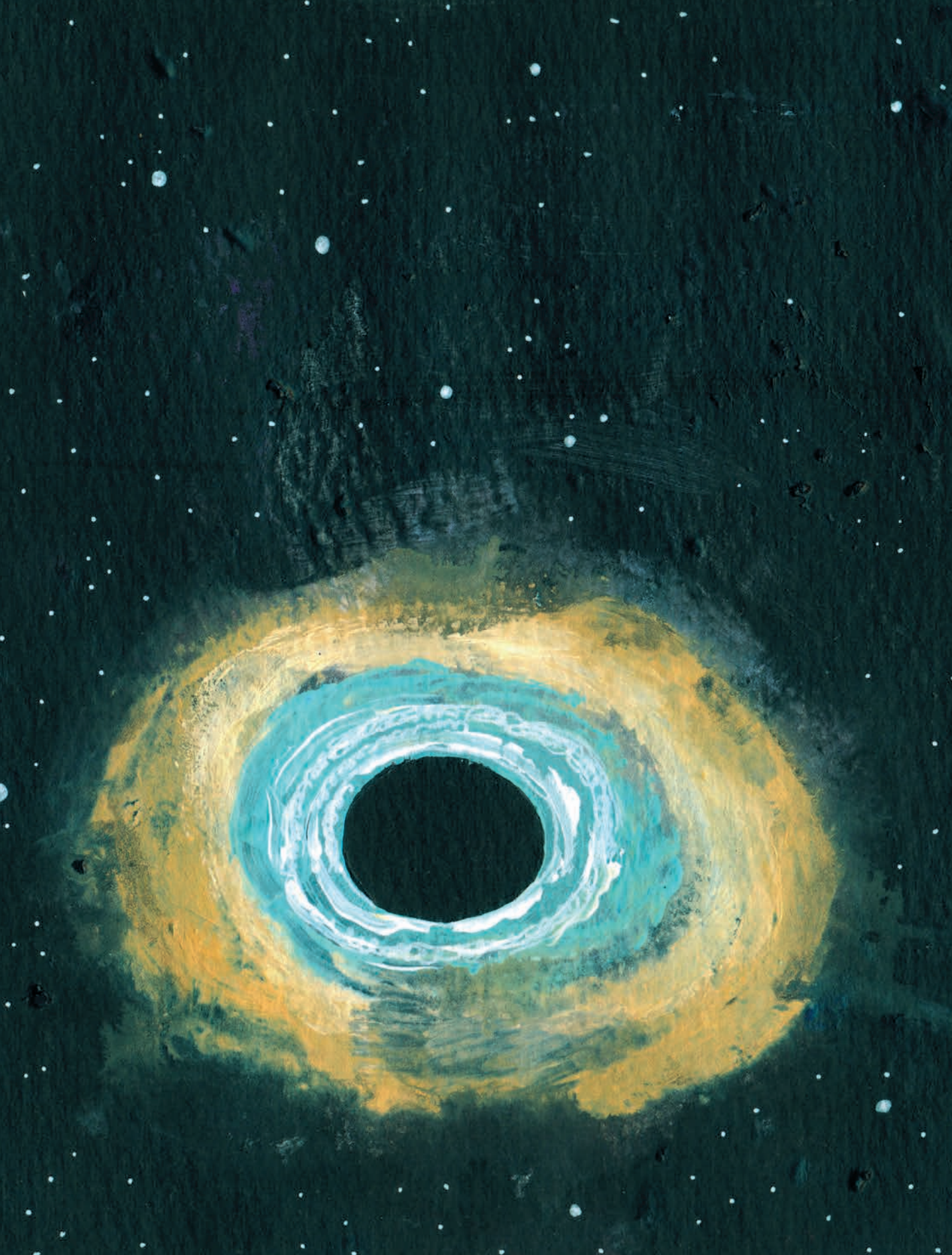
¿Eres tú uno de ellos, eres un *burtoniano*?

¿Eres tú un marginado, un *outsider*, un monstruo sensible, un alma incomprendida? Si haces dibujos «raros», tienes debilidad por lo macabro, y la oscuridad te llama, puede que debas pasar al «Otro Lado».

«El Mundo Insólito» te espera con los brazos abiertos.




Edgar Allan Poe



AGUJERO DE GUSANO

Portal de corta duración que conecta dos puntos del universo mediante un canal que tiene en cada extremo un agujero negro que hace las veces de «puerta». Este puente puede conducirte a otro lugar y a otro momento.

Estás ante la entrada de Absolem-27, un portal que te transportará directamente a un mundo con dos caras, donde no hay límites y todo es posible. Un mundo gótico, oscuro, particular, donde la muerte está muy presente, hay fantasmas y brujas, pero la diversión y la ternura están aseguradas.

¿Te atreves a pasar?



CARTA DE NAVEGACIÓN

Una pincelada de Tim Burton 13

¿Quién es Tim Burton? 16

El Universo Tim Burton 22

Meteoritos 24
(o influencias)

Big Bang 44
(o realidad/fantasía y otras dualidades)

Energía oscura 50
(o elementos continuos)

Constelaciones 80
(o actores fetiche)

Dimensión espaciotemporal 106
(o el stop motion *y la arquitectura)*

Tripulantes del Tim 13 114
(o equipo técnico, música y vestuario)

Sistema planetario 120
(o películas)

Otros universos y vida extraterrestre 204
(u otros trabajos)

Agujeros negros 211
(o fans*)*

Doble cuántico 214

Infinitud 218

Bibliografía 222



Una pincelada de Tim Burton

¿Por qué nos enamoramos del cine de un director? Sin duda, por la emoción que sentimos al situarnos delante de una pantalla y meternos en esa historia que nos ofrece.

Tim Burton es un cuentista. Un cuentacuentos que te atrapa cual araña en su particular tela de fantasía. Y tú te reconoces en la música, en una mirada, una carencia, un fracaso, una no-charla con tu padre o unas manos de tijeras.

El trabajo de Tim Burton gira en torno a un eje central que el cineasta defiende a capa y espada: ser rarito mola. En su mundo, los frikis, los *outsiders*, los que se esconden detrás del flequillo, los calladitos, los tímidos, los introvertidos, las sombras inadvertidas, los que leen a Poe, los parias rechazados por la sociedad..., los «monstruos» de alma sensible, en definitiva, son los buenos.

Presenta un escenario en el que lo «normal» deja de resultar la mejor opción, un escenario que arrastra al espectador a sentirse más cerca del inadaptado que del chico popular.

Después está la soledad, esa marginalidad del personaje —normalmente viste la piel de un adolescente— que le hace débil y fuerte al mismo tiempo. Un ostracismo que grita en silencio: «¡Queredme, aceptadme!» y que le hace evolucionar hasta convertirse en héroe. Porque en el fondo, no nos engañemos, es lo que todos queremos ser.

El cine de Burton despliega una serie de elementos que se repiten, una constante que, aunque va evolucionando, siempre está en escena. Quizá por eso, al visionar sus películas, lo reconocemos de manera inconfundible. Casas victorianas y oscuras, ojeras y pelucas rubias, dualidad entre realidad y fantasía..., pero existe una corriente subterránea que trasciende cualquier análisis estético o superficial.

Y es que Tim Burton rehúye todo planteamiento metódico, prefiere sentir las cosas sin conocer los entresijos, reaccionar



de manera espontánea ante un estímulo, una sacudida, una provocación visual.

Y desde aquí, desde mi humilde existencia y la parcela de la expresión plástica —no soy crítica de cine—, diré que estoy de acuerdo con esa idea que invita, no a destripar la obra artística, sino a sentirla sin más. Sin embargo, estoy aquí para hablar de Tim Burton, cineasta, así que, haciendo gala de la incoherencia que a veces me caracteriza, estoy dispuesta a entrar en sus películas, sacar la esencia, buscar el porqué de las cosas, meter el dedo en la llaga y sacarle las asaduras si hace falta.

Dejando las aperturas en canal para otro día, me limitaré en estas páginas a tratar de compartir el disfrute que para mí supone acercarse al cine de este señor, recalando en los aspectos que a mi entender son los más destacables de su filmografía.

Una «pincelada» de Tim Burton, que para algo soy pintora.



¿Quién es Tim Burton?

Timothy Walter Burton (Burbank, EE. UU., 1958) era un niño callado, tímido y solitario, un chico de pocos amigos y mirada perdida que desentonaba en la urbanización californiana en la que se crio y al que le aterrorizaban las cosas normales de la vida como podían ser los familiares o ir al colegio.

Le gustaba simular que su hermano menor había muerto y les contaba a los niños pequeños del barrio que una nave espacial había caído en el parque.

Se tragaba sesiones triples de cine de ciencia ficción o de terror de serie B de los años 50, y las películas de monstruos (de alma sensible) como *Godzilla* eran sus preferidas. Era un poco friki, leía a Edgar Allan Poe y se sentía identificado con Vincent Price. La relación con su padre no era muy buena. La sensación de que no encajaba, de que era un poco «marciano» fue una constante en sus años mozos. Huía de la realidad o, más bien, llevaba su existencia en una dimensión paralela donde dejaba aflorar su imaginación y su lado oscuro.

Era «diferente». Vivir en la «Dictadura de la Normalidad» no iba con él.

Siempre he tenido problemas con las palabras «realidad» y «normal», porque lo que a alguien le parece normal para ti es anormal.

***Tim Burton por Tim Burton*, Mark Salisbury**

Desde pequeño tuvo inclinación por manifestarse de forma artística. Dibujaba —huyendo, eso sí, del academicismo, que lo encorsetaba y privaba de libertad expresiva— y realizaba cortos que entregaba a sus profesores en lugar de redacciones escritas. Era un rebelde.

Finalmente consiguió una beca para cursar estudios en el Instituto de Artes de California, fundado por Walt Disney, y aunque en el centro se encontró con varios «raritos» como él, para Burton el sitio era extraño y parecido a estar en el ejército.

Pocos años más tarde se incorporó a The Walt Disney Company como aprendiz de animación. Fue una época dura en la que se encontraría perdido anímicamente; empezó a hacer cosas raras, como arrancarse muelas y llenarlo todo de sangre y sentirse torturado cada vez que recibía el encargo de crear dibujos amables de corte Disney. Sin embargo, no todo fue





malo, también adquirió habilidades como dormirse sobre mesa de trabajo mientras sostenía un lápiz en la mano.

Cuando ya empezaba a sopesar la idea de mandar todo aquello a paseo, los estudios le ofrecieron la oportunidad de trabajar en algo propio. Y no solo eso, sino que le dieron pasta. Así fue como llegó *Vincent*, el corto animado en *stop motion* que se convertiría en uno de los trabajos más enriquecedores de su vida y en su primer encontronazo con la idea de «final feliz».

Se podría decir que Burton fue un tipo que tuvo la fortuna de encontrarse en el lugar apropiado en el momento oportuno. Cuesta imaginarse al joven Timothy yendo de despacho en despacho tratando de llamar la atención de sus superiores para ofrecerles nuevas ideas y proyectos. Tuvo suerte y tenía talento, un no sé qué, un algo especial que no pasó desapercibido aunque su espíritu fuera lánguido y suave como el de una sombra.

La temporada inicial en Disney duró poco. Salió de los estudios tras filmar *Frankenweenie*, un cortometraje también en blanco y negro, pero con actores de carne y hueso, que no gustó nada a los socios de Disney. Sin embargo, es posible que esta ruptura con la productora fuera lo mejor que le pudo pasar. Tim Burton necesitaba volar alto y volar solo.

Casi de inmediato, Warner contactó con él y le ofreció un proyecto para dirigir. Se trataba de *La gran aventura de Pee-Wee*, una película muy loca que haría buena taquilla y colocaría al director en la lista de «jóvenes promesas del cine norteamericano». En ella no reconocemos aún al Burton-Burton habitual, si bien ya se advierten algunos toques característicos. Con *Bitelchús* conseguiría una cinta divertida y original —imprescindible del cine de este autor—, que funcionó bien en las salas y que lo llevó hasta *Batman*, primera adaptación cinematográfica del superhéroe de cómic, y *Batman vuelve*, saga con la que su consagración como director quedó patente.

Al finalizar los rodajes de estos dos filmes, Tim Burton supo que necesitaba trabajar en algo realmente suyo, parir un hijo propio, y se embarcó en *Eduardo Manostijeras*, un cuento de Navidad que es pura fantasía y belleza. Con esta película, Burton sería aclamado por la crítica y el público.

Y de esta forma se forjó nuestro director de culto, un tipo de aspecto nervioso, temeroso no de Dios, sino de los payasos y de Santa Claus, que hace dibujitos en servilletas y siempre lleva una libreta en el bolsillo.

A partir de ese momento, Burton dirigirá una colección de cintas que gustarán más o menos, pero que nunca le dejan a uno indiferente.

Aunque no haré hincapié en su vida privada —lo que nos ocupa es el trabajo y no la intimidad de nuestro protagonista—,



